

EL PADRE
JUAN FLORO BRET

SACERDOTE DE LA MISION

(LAZARISTA)



1937
EDITORIAL AMERICA
CALI-COLOMBIA

JUAN FLORO BRET

(1854 - 1933)

El señor Bret sirvió a la Congregación hasta su muerte, con un celo infatigable que merece nuestra admiración y nuestra gratitud. Largo tiempo fue la columna principal de nuestra provincia de Colombia.

Nacido en Longes (departamento del Ródano), el 28 de diciembre de 1854, de labriegos laboriosos y cristianos fervientes, halló en el hogar los primeros gérmenes de aquella fe viva y penetrante que tornó tan benéfica su obra. De la finca a la iglesia parroquial había gran distancia. Era preciso, durante el invierno, andar ese trayecto por la nieve y muy malos caminos, exponiendo la salud. Su padre mismo recabó con el Arzobispo de Lión la autorización de construir una capilla. Obtenida la licencia, recogió limosnas, ganóse hombres de buena voluntad y púsose a la obra. Dios no se la permitió acabar. Herido mortalmente un día en la trilla, expiró tras larga y dolorosa enfermedad a la edad de 37 años dejando seis hijos a su viuda.

La mayor no tenía sino 12 años. Los pequeñuelos amaban mucho a su mamá. Todos los días se encaminaba ella a la ciudad vecina a proveerse en el mercado. Cuando al regresar, la divisaban los niños, corrían a encontrarla: "Mamá", "Mamá", le gritaban de lejos, y la mamá los ayudaba a subir al coche. "Pobrecitos", les respondía ella, dándoles besos, "llamáis a vuestra madre; pero no volveréis a ver a vuestro padre". Entonces Juan Floro, abrazándola tiernamente: "¡Oh, sí mamá, le replicaba, lo volveremos a ver en el cielo, y a usted también, mamá!"

—¿Y quién, replicaba la madre, te lo ha enseñado?

—El señor Cura, respondía el niño.

Juan Floro aprendió en el hogar con los ejemplos de su madre sus primeras devociones y su naciente caridad.

La señora sabía corregir cuando era necesario. El castigo más temible era hacerlos acostar sin comer.

Los mendigos conocían el camino de la casa. Ahí tenían siempre la mesa servida. Con frecuencia había a un tiempo tres o cuatro.

La oración se hacía en común; allí estaba toda la casa, inclusive los criados; y a todos los reunía junto a un altarcito el ejercicio cotidiano del mes de María, y con júbilo oraban y cantaban.

Tres generaciones estaban representadas en la casa; porque vivían con el abuelo, anciano paralítico cuyas piernas cubiertas de llagas había que curar dos veces al día, y eso durante siete años.

La madre tuvo sus horas de tristeza y padecer. Murió de 76 años, con sentimientos de la más profunda piedad.

La hija mayor la ayudaba en el gobierno de la casa: resuelta, autoritaria, lista siempre a regañar o a castigar, llevaba su gente a golpe de tambor. Que un criado se permitiese una canción un poco libre o pronunciase palabra inculta, al punto lo llamaba al orden. La serenidad de la joven hubo de ser moderada por los consejos que la madre no le escatimaba. Nunca se hubiera permitido lo que reprochaba a los demás. Su piedad era ejemplar: de buen grado ayudaba en los cantos de la parroquia. Complacía-se en la compañía de los religiosos. En 1871 murió un pariente a quien mucho amaba, y esa desaparición la acabó de disgustar con el mundo. Rechazó varias propuestas so pretexto que, demasiado exigente en el gobierno de la casa, no podía hacer feliz a un marido. Atraía la vida de comunidad, y las Hijas de la Caridad se llevaron sus preferencias. Después de algunos meses de postulado en Rive-de-Gier y el Curso regular del Seminario o noviciado en la calle del Bac (París), fue enviada a Montpellier. Pero su espíritu de sacrificio, quería más; y los superiores la destinaron al Brasil, donde concluyó sus días como superiora en el hospital de Pernambuco.

Juan Floro se señalaba entre sus hermanos y hermanas por sus brillantes cualidades: era el primero tanto en el juego como en el estudio, y en todo les ganaba fácilmente a sus compañeros. Las chanzas y las jugadas ino-

centes se avenían muy bien con su natural travieso y jugetón. Muy pronto trabó amistad con un niño de su edad y de sus gustos, Pablo Reynaud (después Obispo en China durante 30 años), muy querido en la familia Bret a cuya casa iba a menudo con un enorme perro en el cual Juan Floro montaba a una de sus hermanitas. ¡Y qué risotadas cuando la jineta se iba al suelo!

Si Juan Floro se sabía divertir, también sabía obedecer, tanto que la madre decía a los hermanitos: "Observad a Floro; apenas le mando, me hace caso". Alegremente desempeñaba en la casa cualquier oficio, rajaba la leña y la dejaba tan bien arreglada, que era un gusto para el ama de la casa. Y su brío cesaba cuando llegaba el momento de la oración a la que acudía grave y serio. "¡Qué bien rezaba!", dijo después una de sus hermanas.

A su cuidado estaban las ovejas. El pastoreo del rebaño, o más bien la soledad a donde lo llevaba, era propicia para la meditación. Una voz interior le decía: "Ven, yo te iniciaré en las ciencias humanas", o bien: "Tú serás un día sacerdote". De once años, fue confiado al coadjutor de la parroquia para aprender los primeros elementos de latín, y después estuvo como alumno en la escuela clerical de Rive-de-Gier en la que figuró entre los mejores. "Este niño coronará su carrera", le decía a la madre uno de los profesores.

La casa paterna no distaba de la escuela; a veces en sus paseos los futuros seminaristas pasaban por delante, y los criados percibían fácilmente lo que aquéllos conversaban. Uno de ellos distinguió estas palabras: "Supongamos que vamos a evangelizar a los infieles". Era la voz de Juan Floro. "Mejor sería, replicó el doméstico, que trabajaras la tierra como nosotros".

—Cuando yo sea sacerdote, repuso el niño, trabajaré la tierra del buen Dios.

La primera comunión lo hizo más serio y reposado. Encerrábase a menudo en su cuartito para estudiar o cantar misa.

Las vacaciones se deslizaban agradablemente en compañía de Pablo Reynaud. Juan Floro iba un día a la casa de Pablo, y al día siguiente le tocaba recibirlo. Hacían juntos la tarea de vacaciones y se divertían buscando niditos de pajaritos.

A los quince años enfermó de los ojos. Su madre no conocía sino un médico, Nuestra Señora de Valfleury. Llevó al niño en peregrinación a dicho lugar donde permaneció varios días y por medio de algodones mojados en la fuente milagrosa obtuvo la deseada curación.

La escuela de Rive-de-Gier enseñaba hasta el tercer año inclusive. Terminado este curso, Juan Floro pasó, con su amigo inseparable Pablo Reynaud, al Seminario menor de San Jodart. El último curso comenzó bien, pero acabó antes de las vacaciones por la salida repentina de los dos amigos. ¿Por qué? El biógrafo de Monseñor Reynaud refiere en el "Boletín de Ning-Po" que fue despachado. Al oír tal relato, que fue reproducido en los Anales de la Congregación de la Misión, el señor Bret protestó: "Falso; Monseñor no fue despachado; fue otra cosa lo que hubo", y no dijo más.

¿Qué ocurriría? Una hermana del señor Bret suple el silencio de su hermano. Un seminarista que por lo demás no concluyó estudios, bajaba de noche a la huerta, valiéndose de sábanas y se robaba las frutas mejores. Como las sospechas de los superiores, informados por falsas denuncias, recayesen sobre los dos amigos, éstos, por excesiva delicadeza, determinaron salirse. Comprobada su inocencia, el superior les suplicó que volvieresen; más ellos no accedieron. El relato, confesémoslo, no carece de dificultad; pues la salida ocurrió, cuando más tarde, a fines de abril, época en que las huertas de Lión no ofrecen todavía frutas maduras.

Las dos madres, desconcertadas con la aventura, fueron con sus hijos a consultar a la Virgen de Valfleury, santuario a cargo de los Padres Lazaristas. El superior, señor Naudín, les dijo: "Dejadme vuestros hijos, que hagan aquí una novena, y Dios les manifestará su voluntad" Pasados los nueve días, volvieron las madres, y ambos jóvenes declararon su común resolución: seguir a París para entrar en la gran familia de San Vicente de Paúl. Y sin vacilar ejecutaron su designio: el 10 de mayo de 1873, fueron recibidos en el seminario interno o noviciado.

No cabe duda que el señor Bret dió a los superiores plena satisfacción ya como seminarista ya como estudian-

*Llegó al
recibir
creado en
de Lisboa*

te. Si en él alguna cosa se echaba de menos, era la salud. Al otro día de recibir el diaconado, se notaron los primeros síntomas de una enfermedad tenaz que le servirá de cruz por treinta años. La Congregación acababa de encargarse de un colegio en Lisboa. Allí fue enviado en 1873. Al año siguiente regresó a París. El 29 de junio fue ordenado sacerdote en Meaux, y se embarcó para la América. El seminario de San José de Costa Rica fue su primera casa. En 1880 lo encontramos en Panamá en donde se había abierto un seminario interno. En 1881, con sus tres seminaristas volvía a San José y en 1882—de 28 años apenas—era superior del establecimiento.

El cargo no era fácil en un país convulsionado por la fiebre anticlerical; él sin embargo lo desempeñó bien, pero los acontecimientos se precipitaron. El 25 de septiembre de 1884 escribía al P. Fiat: "Si ya le ha llegado la noticia de la expulsión de Monseñor Thiel del territorio de Costa Rica, usted de seguro no estará tranquilo por nuestra suerte. Le hubiera informado antes si hubiera tenido alguna seguridad y sobre todo si hubiera tenido certeza de que la carta no venía a manos de los que tenían interés en saber el contenido. Ahora que no existen estos inconvenientes le voy a referir brevemente los principales hechos recién ocurridos en Costa Rica. En el curso del mes de junio, los honorables diputados del pueblo costarricense, reunidos en congreso, considerando que el medio más eficaz de empujar el país por lo vía del progreso, es imitar a ciertos gobiernos europeos, resolvieron acabar de una vez con todas las comunidades religiosas establecidas en el territorio de la república. En consecuencia aquellos sabios legisladores empezaron proponiendo a la deliberación un proyecto de ley cuyos principales artículos prohíben a toda corporación religiosa, admitir novicios, y a los miembros vivir en comunidad. Al punto, la opinión pública se conmovió. De todas partes se levantaron protestas con firmas sin número. Era lo que aguar daban algunos renombrados políticos, iniciados en los secretos de la francmasonería, y cabecillas del movimiento anticatólico. Efectivamente lograron persuadir al gobierno y a la asamblea legislativa, que se tramaba en la sombra una formidable revolución, que no era tiempo de deliberar sino de descargar un golpe certero que sembrara de pánico el campo clerical.

Sin tardar, el congreso decreta la supresión de las ga-

rantías individuales, y dos días después, el jefe del gobierno fulmina la expulsión del señor Obispo y de los RR. PP. Jesuitas, acusándolos, en un manifiesto a la nación, de perturbadores del orden público y factores de una pretendida revolución que nunca existió sino en la imaginación de algunos enemigos de la Iglesia. Monseñor tuvo a penas tiempo de nombrar Vicario general y de coger precipitadamente los objetos necesarios para el viaje: fué conducido inmediatamente a la frontera. En cuanto a los RR. PP. Jesuitas, no se le concedieron sino minutos para sus preparativos.

Esto pasaba el 18 de julio. El 22, agentes de policía vinieron a instalarse en la puerta del seminario, y desde entonces fuimos custodiados día y noche como sospechosos. Algunos días el señor Krauwig, quien se ocupaba en la obra de las misiones, era conducido al puerto, por orden del ministro del interior y embarcado en el primer navío que se presentó. En fin sucedió lo que temíamos: el 6 de agosto recibimos la orden de salir del territorio de la república, orden que emanaba del ministerio; de la cual apelamos, por intermedio del Vicario general, al Presidente de la nación, quien al principio nos concedió un plazo y luego revocó el decreto de expulsión.

Hé ahí cómo, por una especie de milagro de la Providencia, estamos todavía en Costa Rica. Desde entonces, parece, hemos dejado de ser sospechosos al gobierno; los polizontes que custodiaban nuestra entrada se retiraron, y nosotros actualmente proseguimos en paz nuestras obras. Sin embargo muy lejos estamos de tener completa seguridad. La ley de que antes hablaba, votada por el congreso y promulgada por el poder ejecutivo, pende sobre nosotros como una continua amenaza. A pesar de lo cual cada uno permanece firme en su puesto lleno de confianza en la divina Providencia y en San Vicente que nos protege de manera visible. Nuestros seminarios marchan bien y no han sufrido mucho con los acontecimientos pasados" (Anales t IV, pág. 172).

La persecución recrudeció, y fue forzoso salir. El señor Bret emigró a Colombia en los primeros meses del año de 1885. Profesor al principio en el Seminario Mayor de Popayán, fue, el 20 de septiembre de 1886, colocado a la cabeza de la Escuela Apostólica recién fundada

en Cali; pero la casa estaba por organizar y aún por construir. Los primeros doce alumnos se fueron multiplicando con rapidez; pero desgraciadamente no habían transcurrido cinco años, cuando fue necesario cerrar la escuela "por motivos de orden físico y moral". El señor Bret fue entonces a Tunja a dirigir los dos Seminarios que el Obispo, Ilmo. señor Perilla, confiaba a la Congregación. Fue superior desde enero de 1891 hasta el mes de abril. Su antigua enfermedad recrudeció, y se pensó que un viaje a Francia le sentaría bien, y partió. Efectivamente regresó rebotante de salud y de bríos; entregóse de lleno al trabajo, pero recayó. Puesto que el mal no curaba, ¿para qué hacerle caso? Entonces se dió a evangelizar las vastas regiones que forman hoy el departamento de Caldas.

En el catálogo de 1895, aparece por primera vez la escuela apostólica de Santa Rosa de Cabal, la cual continuaba la de Cali cerrada hacía cuatro años; la dirigió el señor Bret hartamente experimentado en el oficio.

Su primera preocupación fue hacer florecer la piedad. Insistía con sus colaboradores en trabajar para que los niños se hiciesen dignos de comulgar semanalmente, y él mismo en la lectura espiritual comentaba los libros que recomendaban esta práctica, verbi gracia, los opúsculos de Monseñor de Segur. Muy pronto las tres cuartas partes de los niños se acercaban regularmente y con plena libertad a la Sagrada Mesa todos los domingos. Instituyóse la Asociación de los Hijos de María, la que fue confiada al P. Arboleda Manuel Antonio, más tarde Arzobispo de Popayán. Los pequeños podían entrar en la Congregación de los Santos Angeles. Conferencias o pláticas hebdomadarias, visitas al SSmo. Sacramento, Vía Crucis, mes de María fomentaban la unión con Dios de la que tanto necesita quien aspira al sacerdocio.

Los estudios duraban cinco años. El método de enseñanza no difería del que propone el Directorio de los Seminarios menores.

Afán del señor Bret era la observancia de las Reglas, como lo comprueban estos fragmentos de una carta dirigida al P. Fiat (Anales año 1898, página 120 y sig.): "...Bien convencido de dos grandes verdades: que la fidelidad a nuestras Reglas es fuente inagotable de gracias y que, sin el ejemplo, las mejores lecciones y los más

generosos esfuerzos permanecen estériles, he procurado observar y hacer observar por mis cohermanos, con la mayor puntualidad, todas nuestras Santas Reglas, pero más especialmente las que se refieren a nuestros ejercicios de piedad.

Desde las cinco, varios cohermanos deben ir a los dormitorios, patio y corredores a vigilar la levantada de los niños: pues bien, la experiencia me ha demostrado que cuidar alumnos y meditar son cosas incompatibles. Para obviar este doble inconveniente, comenzamos la oración a las cuatro y cuarto, lo que no es difícil con buena voluntad en casa reducida como la nuestra, y despertamos a los alumnos a las cinco y cuarto, manteniendo siempre los relojes de la casa algo adelantados de la hora verdadera. Gracias a este expediente, hemos podido, durante todo el año, hacer en común nuestra hora de meditación.

Los exámenes particulares y generales, la conferencia semanal y la repetición de oración, el capítulo, el brevario, y en general todos los ejercicios comunes se han observado con regularidad, salvo muy raras excepciones. A esta fidelidad atribuyo las bendiciones que Dios nos ha dispensado y la armonía que no ha cesado ni un solo día de reinar entre nosotros”.

Como se ve, el señor Bret era amante de las Reglas. Su hermana mayor, superiora en Pernambuco le escribía una vez que por falta de tiempo lo hacía después de las nueve de la noche, cuando ya sus compañeras se habían acostado. “Hubieras hecho mejor, le contestó él, acostándote como las demás”.

La muerte del señor Revelliere dejaba vacantes los cargos de Visitador de los Misioneros y de Director de las Hijas de la Caridad. Nadie más apto que el señor Bret para desempeñarlos, y en efecto le fueron confiados.

En las vacaciones siguientes reunió en Consejo a los Superiores de las principales casas de la Provincia, y examinó con ellos los medios más propios para la observancia de las Reglas y de los Decretos. Los sometió a la aprobación del Padre Fiat y los publicó en circular que todos debían leer cada año en el retiro anual.

Para uso de los consultores hizo imprimir un Cuestio-

nario pormenorizado al cual debían responder en las épocas determinadas por el reglamento.

Durante los diez y nueve años que dirigió la Provincia el señor Bret, la acrecentó con nuevas fundaciones: estableció a sus cohermanos en Nátaga, Ibagué, Bogotá, y las prefecturas apostólicas de Arauca y de Tierradentro.

En varias ocasiones, los Superiores Generales lo nombraron Comisario extraordinario, y como tal visitó la Casa Central de Madrid, las del Ecuador y de la América Central.

Varias veces tuvo ocasión de volver a Francia; entonces nada más fácil que pasar algunos días en su tierra natal, donde tenía hermanos y hermanas, sobrinos y sobrinas; pero a las inclinaciones del corazón tuvo el valor de anteponer las espinas de la mortificación.

La provincia de las Hijas de la Caridad progresó bajo su dirección: llegaban al número de cuatrocientas cuando, corridos treinta y un años, el cargo pasó a otras manos.

Los Anales de 1930 (pág. 416) narraron las hermosas fiestas celebradas con ocasión de sus bodas de oro sacerdotales el 29 de junio de 1929. Ningún relato muestra mejor el sitio predilecto que el venerable anciano ocupaba en el corazón de las dos familias de San Vicente en Colombia.

Fiel intérprete del sentimiento de todos fue el señor Ruiz cuando en aquél día se expresó así: “Nunca se vió en nuestra Provincia de Colombia una manifestación de gratitud más sincera y general que la que hoy contemplamos... No bien, por una feliz casualidad, tuvimos noticia de tan fausto suceso, y no bien la comunicamos a nuestros cohermanos y a vuestras Hijas, cuando el entusiasmo se apoderó de todos los corazones, a tal punto que desde hace varios meses suspirábamos por este día dichoso... En vos admiramos al laborioso e infatigable misionero que hace medio siglo trabaja sin descanso en nuestra querida Colombia, al amable y ejemplar superior de varias casas de la Provincia, al sabio y prudente Visitador que, casi cuatro lustros, gobernó con mano a un tiempo suave y firme, levantó las construcciones necesarias y se esforzó por conservar en todos el espíritu del santo Fun-

dador, al misionero, en fin que... sigue siendo para todos el padre todo bondad, el amigo fiel, el consejero prudente y el ejemplar de las virtudes de un verdadero hijo de San Vicente de Paúl”.

Dos años después de aquella fiesta de familia, el señor Bret suplicaba lo reemplazaran en sus funciones de Director de las Hermanas y de Superior. Aunque en peligro de perder la vista a causa de una catarata y aunque tuviera los dedos de la mano derecha medio impedidos por una especie de parálisis, todavía procuraba ser útil fabricando escobas de iraca. La ociosidad completa no la hubiera soportado su natural activo.

El sufrimiento ya no lo dejó. El 5 de noviembre de 1931 la hermana menor le escribía: “Mucho me contrista el saber cuánto sufres en tus enfermedades. ¡Oh, cómo quisiera yo en estos momentos estar contigo para consolarte y cuidarte!. Me dices que tus fuerzas van disminuyendo de donde concluyo que cada vez estás más enfermo aun cuando no lo manifiestes. Yo pienso mucho en tí en mis pobres oraciones, y el domingo, que es el primero del mes, ofreceré por tí la Santa Comunión... Pobre mi hemanito! Dios te envió la Cruz para acabar de embellecer la corona que te aguarda. Y no me canso de admirar con qué resignación la llevas. Cuando suene la hora, estarás listo. ¡Qué hemoso será tu encuentro con Dios y qué felicidad la tuya al escucharle: “Vén, hijo mío, a recibir la recompensa de todos tus sacrificios!” Y también allí estará la Virgen Santísima. Yo envidio tu suerte; no debes temer nada, todo lo has sacrificado: patria, familia, goces. Y así ¿cómo podrías pensar que Dios no te premiará? ¡Valor, hermano mío! de seguro ya no nos veremos en la tierra, ojalá que todos nos juntemos en el cielo!”

El primero que partió para la patria celestial fue el hermano. El 7 de mayo de 1933 lo arrebató una gripa infecciosa, después de tres días de enfermedad, a pesar de los cuidados y desvelos de dos médicos y las oraciones de cuantos pedían a Dios la curación.

El nombre del señor Bret merece inscribirse al par de los nombres de los que más honraron a la Compañía con sus servicios y virtudes.